

Enfrente del Estanco de Molina

por Juan Cruz Ruiz

Presentación de la conferencia “Charles Dickens enfrente del Estanco Molina”

Les resultará un atrevimiento que yo presente a Juan Cruz aquí y ahora, porque, sinceramente, no sé qué presentación precisa este hombre en su propio pueblo, ante personas que lo aprecian, que conocen su historia (su historia de escritor, de periodista, de editor), o que son sus familiares y sus amigos. Empezaré repitiendo una vez más que Juan nunca se ha ausentado realmente de esta tierra, y que pocas veces ha habido una tierra tan recobrada y recordada por un ausente que nunca llegó a serlo.

Hace unos días asistimos a la presentación de su último libro, Ojalá octubre, el libro que, según nos dice, debía a su padre. Nos cuenta que de su mano comenzó a descubrir la tierra de la infancia, cuando “la cumbre de Erjos era lo más lejos que yo había ido en la vida, y parecía ser la parte final de un universo”.

Nosotros conocimos a Juan unos años después, y no era, desde luego, ese niño mimado, insoportable que él nos dice que fue. Estaba cerca de la adolescencia y era un chico muy espabilado. El asma que padecía –como el Che– lo sometía a frecuentes encierros que lo hicieron especialmente sensible. Lo recordamos lector empedernido de todo lo impreso: periódicos, chistes –como llamábamos entonces aquí a los comics–, novelas de Julio Verne, versos de Kipling, y en el colegio jugaba a ser periodista, inventándose entrevistas, y a ser escritor. Leía en las librerías del Puerto y en la biblioteca de este Instituto de Estudios Hispánicos, adonde Ana Lola Borges nos traía para darnos sus clases de Literatura, procurando mantenernos cerca de los libros de los que nos hablaba. Eran los años sesenta, los años de la primera Sección de Estudiantes.

Juan empezó muy pronto en el periodismo. Como saben, a los trece años ya escribía crónicas deportivas para el Aire libre. También desde muy joven nos asombraba participando en las tertulias político-literarias de la Plaza, con personas tan mayores como entonces me parecían don Luis Castañeda o mi propio padre. Ya en la Universidad, se licenció en Historia y en Periodismo. Trabajó en La Tarde y, luego, en El Día, al que Juan y otros periodistas, algunos también formados en aquella Escuela, como Elfidio Alonso, o Luis León Barreto, convirtieron en el excelente diario moderno que todavía añoramos, ejemplo de compromiso con la España democrática que se inauguraba.

Hay pocas cosas que yo les pueda decir que no haya ya contado él, porque este que fue precoz lector y escritor nunca se pudo librar de la memoria. Aunque hay que decir que no basta con tener memoria para recuperar el pasado: también hay que saber mirar como Juan, tener la curiosidad y la capacidad de observación que él desarrolló desde niño.

El universo novelístico de Juan Cruz empezó a fraguarse, Dios mío, hace ya 36 años, en su primera novela, Crónica de la nada hecha pedazos,

premio Benito Pérez Armas 1971. Allí ya estaba presente la melancolía del paraíso perdido. En su prólogo, Pérez Minik escribía: “Este novelista insular tiene muy bien alojada la isla en su corazón. No se la puede quitar de encima.” La novela, inscrita en la narrativa experimental de aquellos años (“divagación personal”, la llamó Jorge Rodríguez Padrón) fue para su autor “simplemente la crónica de la despedida del último periodo de la adolescencia, cuando los desengaños amorosos y sociales nos calan más hondo precisamente porque estamos menos curtidos.” Y a pesar de que manifestó que no volvería a escribir otra novela como aquella, publica Naranja, en el 75, que se entendió como un ejercicio paralelo. Después siguieron muchos otros libros: Retrato de humo, en 1982, o El sueño de Oslo, con el que obtuvo el premio Azorín de novela 1987. Los recuerdos, las obsesiones, los sueños –unos más rotos que otros–, los olores, los versos de los demás, las palabras –como ojalá–, las canciones de una época, la literatura, sus fantasmas, van viajando de un libro a otro como si fueran su equipaje. Y cada vez se van incorporando elementos nuevos, como piezas de un puzzle que ocupan su lugar hasta conformar una visión, compleja y cada vez más profunda, de su infancia. Siempre la isla, y la memoria, que dota a su narrativa del contenido lírico de un poema y convierte a sus poemas en la narración de los sentimientos.

Recientemente, este entrevistador entrevistado declaraba que escribe para reconstruirse, para saber quién es en relación con los otros, y que lo hace sobre sus recuerdos. Parece que no vale la pena el esfuerzo de convertir en ficción novelesca las vivencias. “La ficción –nos dice en otra ocasión– es un modo de visitar la vida. La realidad da más rabia. Con esa rabia visité el pasado, y lo he traído, porque no podía traerlo de otra manera, en forma de libro”. Ese libro era Retrato de un hombre desnudo, y esa realidad es la que también nos conmueve en Ojalá Octubre, La foto de los suecos, La playa del horizonte, o El territorio de la memoria.

Juan Cruz no se puede curar de la memoria, “de la excesiva memoria si es que tiene alguna cura, pero estoy convencido también de que si no recuerdo no existo, y solo soy capaz de imaginar cosas que ya viví, todo lo que ya me ha sucedido.”

Juan Cruz, que jamás se marchó de la isla a pesar de las vueltas que ha dado, vuelve siempre a su infancia, que es la infancia de todos nosotros, como también lo es su mar y su tierra. “La infancia es un olor”, “El mar es el olor de la infancia”; “El mar es el mar de la infancia, porque es la imaginación, la soledad, el misterio, la memoria, el miedo a la muerte, la apropiación eterna de la infancia.” Y la literatura, “el verdadero territorio libre sobre el que camina la memoria.”

Para nosotros es un privilegio haberlo conocido y conocerlo. Seguimos con orgullo su recorrido profesional, sus entrevistas, sus intervenciones en tertulias radiofónicas, su trabajo en El País –antes en Triunfo, la revista más emblemática de la resistencia al Franquismo que nos tocó vivir–, sus premios y su labor editorial. Hace unos años, comentando estos éxitos profesionales y literarios de Juan, una amiga común, a quien la ausencia también ha agudizado la memoria, quiso que advirtiéramos lo que según ella confirmaba una profecía: “¿Has visto? –nos dijo–. Juanito es el auténtico demonio de los libros”. Acaso Juan, cuando representó en el colegio la obra de teatro infantil titulada así, “El demonio de los libros” –cuya protagonista femenina era, por cierto, Nieves García, nuestra querida Nievitás, a la que debemos mucho más que esta mención

de pasada— acaso, digo, ya sospechaba que su vida y su futuro iban a estar cimentados sobre los libros, o soñaba con ello.

Nunca apartó de su memoria ni de su literatura, que no sé si son lo mismo, la tierra que le concedió el Premio por el que está aquí hoy con nosotros: Premio Canarias 2000. Ese año lo recordamos con especial cariño porque también fue pregonero ilustre de las Fiestas de Julio, cerca de la Punta del Viento, el lugar desde donde decía que mejor se oía el mar.

Nos ha convencido de que nunca lo perderemos de vista y de que nunca se ha ido.

Juan: ojalá

Margarita Rodríguez Espinosa

Entonces, en nuestro barrio no había libros ni periódicos ni discos y tan solo había una radio y un teléfono y los chicos íbamos a la escuela y meábamos juntos en una palmera de dátiles, mientras el maestro escribía en unos cuadernos enormes sus cuentas y sus cartas.

Nosotros hacíamos copiaditos y él nos miraba, de vez en cuando, por encima de sus gafas redondas; tenía una cara roja, de tímido o de avergonzado, y hablaba muy poco, mucho menos, imaginábamos también entonces, que lo que un maestro debe hablar con sus discípulos.

Yo no recuerdo ni un solo día que nos hiciera un dictado o una suma, o que nos llamara a la pizarra donde siempre estaba el resto de una frase borrada que jamás fue sustituida por otra. A nuestro alrededor había palmeras y flores, y los dátiles de la palmera. Nosotros íbamos a la escuela, casi todos, y a veces yo faltaba por el asma o porque mi madre le tenía miedo al agua de las atarjeas, a la humedad que producían las huertas y a que yo me muriera andando.

Mi madre era muy exagerada, y me tenía en casa como si me guardara en una redoma. Como me tenía en casa me tenía que distraer, e inventaba juegos, muchos de ellos juegos de palabras, chistes, versos... Muchos de esos chistes y de esos versos se quedaron en mi memoria, impregnados de la gracia que ella les daba; y mientras mi padre volvía de los trabajos y de las noches y de los caminos y de las carreteras ella trataba de arrojarme y de dormirme con cuentos que ella se inventaba o con las historias, siempre modificadas por ella, de Genoveva de Brabante o de lo que habían hecho los emigrantes de su barrio y de su casa a Cuba o a Venezuela.

Ella no sabía de veras qué había sucedido con ellos por esos mundos, pero como yo le preguntaba mucho iba inventando cada vez más hasta redondear historias que luego ya han figurado como verdaderas en mi memoria y en mis libros. Una de ellas sitúa a un hermanastro suyo, creo que era hermanastro, que había decidido viajar a Cuba porque había tenido un sueño —quizá la noche anterior a su precipitado viaje— según el cual en el montículo donde pastaba una cabra había un gran tesoro que él tendría que descubrir allí.

Muchos años después he seguido preguntando en casa si fue verdad, si es cierto que aquel hermanastro de mi madre había hecho de veras ese viaje porque tuvo



Mi madre, Juana, y yo en el patio de mi casa.

ese sueño, pero nadie ya me sabe dar razón, y entonces a mi no se me ocurría interrumpir a mi madre para preguntarme si lo que me decía era cierto o era inventado.

Lo verdadero, lo que sí sé yo porque lo viví, y lo vivo hasta ahora mismo, es que yo confundí algunas obsesiones o sueños o pesadillas del tío que hizo el viaje con la mía propia; durante años, en aquella infancia o adolescencia, y aun después, yo identifiqué aquella cabra y aquel montículo con el montículo que había enfrente de casa y con la cabra que mi madre ordeñaba cada mañana, casi al amanecer, para que bebieran leche todos en casa.

Y no sólo imaginé que esa cabra y ese montículo formaban parte real de la ficción que ella había ido adornando con los materiales de su realidad, sino que en algún momento, en medio de los delirios de la convalecencia, yo mismo fui aquel emigrante, su hijo o su hermanastro, el hombre que había viajado en busca de un tesoro y que nunca jamás retornó ni envió una carta ni mandó un aviso de que estaba vivo o rico o pobre, en medio de la isla de la que mi madre hablaba como si la tuviera a tiro de piedra o de sueño.

A lo largo de los tiempos he ido pensando, también, que esa ficción o esa esperanza –el viaje, la vida mejor– de que el hermanastro sobreviviera a su aventura la alimentaba ella con sus cuentos; si hablaba de él, él estaría vivo; si lo recordaba, si hacía memoria, él seguía estando. Era su manera de escribir, casi a diario, su historia. Sin duda, lo imaginaba caminando por Cuba, y ella misma se imaginó Cuba; cuando contaba la isla, acaso como hizo con el montículo y con la cabra, describía su propio entorno, las plataneras, las flores, la gente, las atarjeas, el agua, la lucha por el agua, las madrugadas de penuria que ella convertía en madrugadas extraordinarias, de grandes jolgorios y de fiestas; imaginaba los talleres donde las mujeres hacían cigarros, mientras los hombres leían en voz alta las historias y las leyendas cuyos títulos se le escapaban a ella, pero que luego fueron las historias y las leyendas del Conde de Montecristo.

Ella elaboraba, con expresiones de la cosecha de su propia memoria, nuevas historias a partir de historias ya sabidas, y a mi no me importaba tanto no ir a la escuela porque ella había convertido en un rito diario contar para entretenerme, y yo no veía la hora en que no hubiera gente en la casa o en los alrededores, en que ella no tuviera que hacer nada, para que hallara un tiempo, breve pero profundo, lento, para sentarse a mi lado en la cama y decirme cualquier ocurrencia que se le hubiera venido a la cabeza entre el último instante en que fregó los cacharros en la cocina, se limpió las manos en el delantal, puso el café al fuego y vino a verme a la cuna o a la cama o al salón donde yo ordenaba papeles de la escuela como si ya fuera un escritor o un lector, o mientras yo escuchaba la radio. Cuando ya se sentaba a mi lado venía con las manos frías, y siempre relaciono esos periodos de paz y de esperanza con sus manos frías y sus gafas y sus pecas, las pecas que le fueron naciendo y que ella decía que eran manchas de melancolía.

Lo que recuerdo mucho de aquellos días en casa, antes de que ella me contara e incluso cuando ya me estaba contando, era el silencio; el silencio de las plataneras y del barranco; no se oía nada, y cuando se oía algo era el ruido lejano del camión de mi padre dando trabajosamente la vuelta en el Fuerte, aparcando en medio del barranco, donde luego los chicos hicimos un campo de fútbol en el que a veces yo jugaba de lateral derecho o de portero y donde mi abuelo Silverio domaba los burros de los hombres de los alrededores. Eran burros pequeños y torpes, desaliñados, burros pobres como los burros, y mi abuelo los domaba con la destreza de un general.

Nuestra vida se hacía en el barrio, y nosotros, los chicos del barrio, apenas salíamos de la Calle Nueva y de La Asomada para otra cosa que para ir al médico o para

acompañar a los padres a alguna excursión que tuviera que ver con las fiestas del pueblo o con los viajes que se hacían entonces en los camiones enramados a las fiestas de la Virgen de Candelaria. A las fiestas fuimos alguna que otra vez, se escuchaban los ruidos de los preparativos en la madrugada, y luego nos montábamos en el camión como si fuéramos a descubrir otro mundo.

A veces esas fiestas, y también las fiestas del pueblo, eran muy venturosas; íbamos a jugar con los cochitos locos, jugábamos a que éramos conductores, y mi madre concursaba en las tómbolas. Un día le tocó un cubo en una tómbola, y se puso tan excitada y tan nerviosa que parecía que le había tocado la lotería. Entonces la suerte era tan esquiva que si conseguías premio tenías que proclamarlo y celebrarlo para que no se te olvidara, y para que el barrio supiera que no te iba tan mal.

Aquel cubo que se ganó mi madre en una rifa, y de cuyo contenido apenas tengo idea ahora, dio mucho de sí en casa, porque parecía una señal de que nos podría estar cambiando el signo de la suerte; pero mi madre podía ser muy alegre y también muy escéptica, es decir, que siempre fue muy realista, y cuando nosotros le recordábamos que aquel día había tenido suerte nos espantaba con alguna de sus frases pesimistas, que usaba sobre todo para que a mi padre no se le subiera el éxito a la cabeza.

Recuerdo también una excursión a la playa, y hay fotografías en las que todos estábamos muy felices; había vino, y brindaban, estábamos en lo que antes se llamaba El Charco de la Soga, donde muchos años después la corriente y mi imprevisión por poco hacen imposible que hoy esté describiendo estos recuerdos.

Me salvó de desaparecer en el mar, y de ahogarme, seguramente, un chico de La Orotava, que estaba atento desde las orillas a mis evoluciones a bordo de un neumático cada vez más negro, negro como la goma y negro como el atardecer y negro como los roques de Martiánez...

El chico se zambulló en el mar, dio unas cuantas brazadas y me alcanzó cuando el neumático y yo superábamos ya la barra de piedras que distinguía la playa de Martiánez propiamente dicha del Charco de la Soga, que es donde se hicieron esas fotografías tan alegres de mi familia yendo a la playa.

Mi madre no me dejaba ir a la playa, ni solo ni en compañía, porque ella temía, siempre temía, por mi salud y por mi seguridad; me guardaba en una redoma, y así lo decía ella, "hay que guardarte en una redoma de cristal", e impedía que me diera el aire o el sol o el agua porque cualquier elemento de la naturaleza, incontrolado o descontrolado, podía darme un golpe de muerte.

Ella exageraba, claro, y mi naturaleza lo sabía; lo sabía, hasta que un día la humedad de la plaza del Charco y una visión terrible, angustiosa, la visión de un chico que tenía la cara sudorosa e inquietante, me produjo un tremendo ataque de asma del que me salvó un entrenador de fútbol de apellido Godoy.

El fútbol fue, por otra parte, mi primera vía de escape, en la vida y en la familia; la radio que llegó a casa, y que entró en ella a pesar de la oposición casi triden-



Elena, mi sobrina y ahijada, mi hija Eva y mi madre, también en el patio.

tina de mi madre, ella creía que con la radio llegaba el diablo a nuestra casa, me aficionó primero al fútbol, y luego a la escritura. Hasta entonces lo que yo había oído contar se lo había oído contar a mi madre; se contaban cosas, de la familia, del barrio, se contaban cosas de otro tiempo, de la preguerra casi siempre, de la posguerra no se decía nada; mi padre hablaba muy poco y mis hermanos estaban fuera, trabajando desde muy pronto, y yo preguntaba y preguntaba, y mi madre respondía sólo cuando le daba la gana.

Así que lo que yo sabía de las palabras y de la sintaxis oral venía de las palabras de mi madre, de sus cuentos, de sus historias, de sus versos, de sus chistes, de sus historietas. Su voz era la voz que yo escuchaba; a veces, gracias a lo que ella me contaba, yo construía mis propias fantasías, pero yo no tuve ninguna referencia, ni escrita ni oral, que no fuera, básicamente, la que me daba mi madre. Una vez alguien llevó a casa un recorte de periódico, del periódico *El Día*, donde yo bajaría mucho más tarde; era una página enorme, de tamaño sábana, que era el tamaño que entonces tenía ese periódico, y mi madre ensayó a leer ese recorte conmigo; como yo sabía leer algo y ella también sabía leer un poco más que yo, los dos fuimos aprendiéndonos lo que decía el diario como si fuera una lección. Ella abría cada día las cuatro partes en que había convertido esa sábana escrita y me leía los primeros párrafos, y yo seguía luego, hasta que completábamos, con trabajo pero con fruición, con pasión de saber, esa lectura periodística.

Siempre cifro en ese momento, y en ese recorte, y en la aparición de la radio en casa, el crecimiento de mi gusto por la lectura. La radio ya me daba la sintaxis casi hecha, yo sabía que si yo repetía lo que escuchaba en la radio estaba hablando bien, por decirlo así, y procuraba imitar a los locutores; escuchaba la música, claro, pero mi pasión era la palabra, las series, las novelas, los discos dedicados, las entrevistas, las noticias, y, sobre todo, los partidos de fútbol.

Hasta mucho más tarde no supe que la radio estaba hablando un lenguaje y mi madre se estaba sirviendo de otro. Mi madre hablaba con el lenguaje que pasó por Tenerife en el siglo XIX, y la radio ya hablaba el lenguaje de mediados del siglo XX. Mi madre era una campesina de muy pocas letras, se quedó con la sintaxis y con muchas palabras del léxico que se fue formando entre España y América, el suyo era un lenguaje de transición, y el que yo estaba escuchando por otros medios –y en seguida, a través de la prensa– era un lenguaje diferente, propio ya de una gramática más sincrética, más avanzada, que la que mi madre, y esto lo digo con todas las consecuencias, dominaba.

Una vez alguien hizo broma de lo que hablaba mi madre, que hablaba mucho, la verdad; acaso fue la primera vez que sentí que humillar es de débiles, y que la humillación fortalece al que la padece; pero a lo largo de los años me he ido enorgulleciendo más de que fuera tan parlanchina: es que sabía hablar, lo hacía con soltura, con una inteligencia sencilla y risueña que le servía para no avergonzarse de no saber y por tanto de preguntar.

Y aunque supiera hablar a mí me parecía que hablaba mal, que decía muy mal lo que sabía, y que tenía que decirlo de otra manera. Por eso le rectificaba tanto, en público y en privado, y ella reaccionaba, con sinsabor a veces y de coña otras:

–Mira, Juanillo, yo sé decir hilo e hilacha y mierda pa quien me tacha.

Hasta hace algunos años no supe yo que su respuesta tenía más valor que mis reproches; y fue cuando leí un libro de Álex Grijelmo, *El genio del idioma*, que pone en claro lo que sucedió con el lenguaje de mi madre (un lenguaje hecho de la combinación España-América, un viaje en el que Canarias era la intermediaria más evidente) y con mi propio lenguaje: no era que ella hablase mal, es que hablaba diferente. Leí el libro mucho después de su muerte, porque además se



Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias. C/ Quintana 18.

publicó muchísimo después de que falleciera, pero no sabe Grijelmo el favor que me hizo ayudándome a pedirle perdón a mi madre por los reproches y por las tachaduras que entonces tuve el descaro de hacerle.

Así que la radio me hizo y mi madre me conformó, me ayudó a imaginar que todo lo imaginado siempre está a punto de existir. La ficción no existe, existen las historias que uno va completando con su propia realidad; mi tío existió, yo lo veía deambular por una Cuba que ella me explicó, y los cuentos, por ejemplo, el de Genoveva de Brabante, que fue el que más y mejor me contó, eran trasuntos de nuestra propia vida; ese niño que es amamantado por una cabra o por una vaca en esa leyenda nórdica era yo mismo en el establo en el que mi madre guardaba dos vacas.

Y junto a las vacas había cochinos, gallinas, pollos, conejos..., todo tipo de animales domésticos, que poco a poco fueron siendo no sólo parte de nuestra familia sino también parte de las fantasías que ella me fue contando; salvando muchísimo las distancias, recordé todo esto cuando estuve en Aracataca y vi la vida que se hizo en aquel pueblo que sirvió de base para que Gabriel García Márquez escribiera *Cien años de soledad*. García Márquez se sirvió de lo que tenía al lado, y construyó una fábula inmortal y extraordinaria que en todas partes se considera ajena a la vida real; viviendo en Aracataca se descubre que la vida real es lo que se cuenta en *Cien años de soledad*, que el gran creador de Macondo sólo se inventó el estilo, la vida se la dio Aracataca.

Repito: salvando las distancias que hay, y que resulta obvio que son insalvables, deduzco ahora, tantos años después, que mi madre nunca me contó historias que ocurrieran mucho más lejos de la huerta donde ella recogía los plátanos y los tomates que nos servían para acompañar el pescado salado que nos ponía para almorzar o para cenar.

En ese ambiente crecí y me hice, aun sin libros; gracias a la radio, imaginaba viajes y países, construía conversaciones e itinerarios, trataba de ser una persona



Inicio de la C/ San Juan, con la librería Santaella.

en la que hubiera muchas personas, y viajaba por el entorno de mi casa o de mi barrio como si estuviera descubriendo el mundo. Cuando ya fue posible salir de casa sin otros impedimentos que las espasmódicas caídas en la enfermedad que ha signado mi relación con el aire, fui a estudiar al Puerto, asistí a clases, aprendí geografía y otras ciencias, y descubrí las librerías. Entonces descubrí el resto del mundo; estaba la escuela, o el colegio, y después estaban los libros. Había dos librerías entonces, la del muelle, la de don Eladio Santaella, y la de la plaza, la de don Fernando Luis. A las dos iba a ver libros; veía cómo los compraban, me fijaba en los títulos, escuchaba pedirlos, y hacía muchas fantasías por su contenido. Un día, en la librería del muelle, Manolo, el dependiente, un chico de ojos azules y pelo rizado que venía a trabajar desde Los Realejos, me dejó un libro, para que lo tocara; era *Javier Mariño*, la primera novela de Gonzalo Torrente Ballester. Estaba encuadrada en un azul muy fuerte; yo abrí el libro, Manolo me dijo que lo oliese, y estuve leyendo algunas páginas. Manolo me preguntó si quería llevármelo, que ya lo pagaría. Me dio vergüenza aceptarle el ofrecimiento, y lo dejé allí, en la estantería.

Poco después empecé a estudiar en el colegio de Segunda Enseñanza, cerca de la plaza de la Iglesia; había allí una profesora muy industriosa y muy protestona, Analola Borges, que nos quería convertir en escritores o por lo menos en personas que hicieran prácticas de sintaxis, para pensar mejor, decía ella. Analola daba lengua o literatura, y aunque pocos de nosotros hubiéramos leído nunca un libro nos trataba como si ya fuéramos lectores. Un día nos provocó para que escribiéramos una redacción sobre lo que hacíamos en casa antes de venir al colegio; yo siempre he creído que centré aquella descripción en los guayabos que mi madre me daba para merendar, y le entregué el texto. Ella le puso una sola objeción, porque yo situaba un adjetivo donde debía haber simplemente un sustantivo, o quizá lo que ella vio allí era un coloquialismo que no debía figurar en un texto llamado a ser leído, no dicho.

Pero, de resto, dijo, el texto está muy bien, “¿quién te lo hizo?”, preguntó. La verdad es que no me lo hizo nadie; los dibujos sí me los hacía una vecina, Lola,

que era una gran dibujante; pero la redacción la hice yo solo. A veces Analola nos sacaba del colegio y nos daba clases en el Instituto de Estudios Hispánicos, en una sala de reuniones donde ella lo dominaba todo; fumaba unos cigarrillos muy finos, tomaba café con sorbos muy pequeños, y siempre tenía el labio superior manchado de la última gota de café que había bebido. Cuando nos dejaba libres, porque ella tenía algo que hacer, algunos de nosotros deambulábamos por el Instituto, y a mi me gustaba mucho curiosear entre los libros.

Cuando descubrí, además, que esos libros se podían llevar en préstamo, debí pensar que ese era el momento que yo debía aprovechar para empezar a tener libros como los que me ofrecía Manolo en la librería del muelle. Pedí prestados tres, de golpe, me abrieron la ficha, que aun debe estar en el Instituto, y me fui a casa con ellos. Uno me entretuvo muchísimo, *Viaje al fondo de la tierra*, de Julio Verne; otro me aburrió muchísimo, *Pequeñeces*, del padre Coloma, y otro me resultó fascinante, *Oliver Twist*, de Charles Dickens, que me pareció que hablaba de los chicos del barrio. Los leía junto a la cañería que había adosada a una de las ventanas de la casa, escuchando como subía el agua, con su sonido sibilante e igual, tan monótono; ahora siempre que leo recuerdo aquellos momentos y aquella cañería.

Esos fueron mis primeros libros, y esa fue mi primera excursión dentro de una biblioteca. Recuerdo nitidamente el viaje hasta el Instituto, compraba folios en el Estanco Molina, ahí ponía los sellos para las cartas que ya escribía, o para las cartas que yo mismo escribía para los emigrantes en Venezuela, por encargo de las mujeres de mi barrio, y ahí tuve las primeras conversaciones de adolescente, después de las conversaciones en la plaza, donde un hombre que se llamaba Olegario me descubrió algunos nombres propios, como el de María Zambrano, que me condujeron a conocer que en España se vivía una tremenda posguerra que siguió a una terrible guerra que produjo un exilio intelectual, civil y político que había diezmado la moral y la vida de los ciudadanos.

Olegario era uno de los hombres de la plaza; él sale en algunos de mis libros, y en uno de ellos sale en una situación civil que aumentó por él mi admiración: le vi desafiar la convención de que los hombres tenían que arrodillarse en un momento determinado de las procesiones. Yo estaba en la plaza del Charco, y le vi, pasó la procesión, tocaron la música y él siguió, enhiesto, golpeándose la pierna derecha con el periódico doblado.

Otro hombre que había en esa plaza era don Luis Castañeda. Don Luis me descubrió a Ángel Ganivet, a Miguel de Unamuno y a Albert Camus. Él era bastante unamuniano; se sabía muchas frases de memoria, y las recitaba en medio de las conversaciones que yo le oía de lejos; alguna vez supo que yo era un chico muy interesado en lo que se decía en sus tertulias, que compartía primero con don Celestino Cobiella, el médico, y mucho más tarde con mi gran amigo Edmundo A. Esedín del Ródano, que me descubrió a Anatole France y a Jorge Luis Borges. Don Luis sabía muchísimo, y escribía con soltura, utilizando una retórica que debía venirle de muy lejos, de la época de la República, y aún antes. Tenía la herida de un país cuya inteligencia había sido vencida, y convivía con humor y con ironía, a veces con rabia, con ese fracaso. Luego se ha dicho que mi pueblo era liberal, que la gente toleraba la opinión de los otros, pero don Luis sufrió la ignominia de la incompreensión, y yo sé que mi pueblo sufrió la opresión del silencio ante el que aquel gesto de Olegario suponía un símbolo de rebeldía.

Don Luis me decía que yo tenía que leer *El Cristo de Velázquez*, de Unamuno, y yo lo leía como si él me fuera a tomar la lección; luego le hablaba de esos versos, y yo entendía que él me hacía muchísimo caso; a veces pensaba que don Luis y Unamuno se habían conocido, que incluso habían sido amigos; don Luis hablaba alzando su bastón, como si fuera a empuñar un mosquetón; era enfático pero

tierno, un hombre fuera de lo común en un mundo que yo empezaba a descubrir como si fuera una pintura llena de personas muy diversas.

Después don Luis me aficionó a Camus. Yo conseguía esos libros en el Instituto, enfrente del Estanco Molina, al lado de Correos, cerca de donde luego se sepultaría tantas décadas el museo que regaló al Puerto Eduardo Westerdahl, pero, como decía la mujer del barbero de mi calle, ese es otro cantar. Camus llenó mi adolescencia y el principio de mi juventud casi hasta que descubrí a Cortázar y a Cabrera Infante, pero de nuevo este es otro cantar. Había en Camus una atmósfera que siempre identifiqué con el lugar en el que yo vivía. Un día empecé, en esos años, un ensayo sobre Albert Camus; lo escribía en hojas cuadriculadas, con lápiz rojo, y lo primero que puse en el papel fue esta frase: "Sobre la obra de Albert Camus hay mucho sol". Luego no puedo recordar qué puse, además, pero ahora que ha pasado el tiempo y que han pasado tantos libros por mi vida y por mi memoria, sé que esas primeras lecturas, algunas de las cuales hice en el Instituto, hicieron mi vida, la pusieron en marcha, le dieron sentimiento, proyecto y melancolía.

Hace unos años descubrí un librito de Camus, *El revés y el derecho*, que me sobresaltó. Fue como si de pronto hallara ahí algunos de los pensamientos que uno pudo haber tenido entonces, junto a don Luis, por ejemplo, sobre el momento en que vivimos aquella posguerra larga y terrible. Pero no sé si don Luis leyó ese librito, ni puedo recordar, claro, si me habló de ello. Pero déjenme que reproduzca algunas líneas que cuando me asaltaron me hicieron revivir todo lo que algún día he querido contar. Esto decía Camus de su propio barrio: "En mi caso, sé que mi fuente está (...) en este mundo de pobreza y de luz en el que he vivido tanto tiempo y cuyo recuerdo todavía me preserva de los dos peligros contrarios que amenazar a todo artista: el resentimiento y la satisfacción. Ante todo, jamás la pobreza ha constituido una desdicha para mí, porque la luz derramó sus riquezas sobre ella. (...) Para corregir una indiferencia natural, me encontré equidistante de la miseria y del sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol, y en la historia; el sol me enseñó que la historia no es todo. (...) En cualquier caso, el espléndido calor que reinó sobre mi infancia me ha privado de todo resentimiento".

Ahora cifro en esas palabras, y en aquellas primeras experiencias con las palabras, con los libros y con la gente, la voluntad de vivir que desde entonces late en mi manera de ser, en mi esperanza y en mi trayecto, y hoy que la memoria ya va envolviendo el futuro en el aroma del pasado, quiero decir que fue decisivo para mi felicidad y para mí que un día entrara por primera vez en este edificio de piedra, silencioso, esencial, que había enfrente del Estanco Molina.